

CAPÍTULO QUINTO

ISLAS BALEARES.—VALENCIA

Minorca-Mahon, 26 de Mayo de 1852.

En la punta de la isla de Minorca se encuentra la pequeña ciudad de Mahon, con centenares de molinos de viento que son la imágen de la melancolía sin fin. El país entero me pareció desolado y sin una sombra de poesía. El famoso *Lazareto*, vasto edificio que ocupa la mitad de la longitud del puerto, solo sirve para aumentar esta impresion de tristeza y de soledad.

Los molinos de viento representan aquí un gran papel; por todas partes se ven girar sus alas, por todas partes se les oye gemir. Semejantes á los árboles secos ó como fantasmas gigantescos, aparecen en medio de la comarca desnuda y aumentan el disgusto que en ella se experimenta. Tanto como un molino de agua, con su espuma y su cadencioso ruido, parece bello, animado y poético, así un molino de viento, con su masa gris y sus largos brazos, se presenta feo, monótono é insípido. El primero anuncia la animacion y la frescura del agua; el segundo tiene la apariencia de un telégrafo, destinado a marcar los países áridos y desiertos; y en efecto, tal es el carácter de este suelo.

Leipzig y Berlin tienen tambien molinos de viento. Yo aconsejaria al viajero que los percibiese, que no hiciera lo que Don Quijote, yendo sobre ellos para traspasarlos de un lanzazo, sino ántes bien, que retroceda en su camino a la presencia del monstruo. Hay en mi concepto ciertas señales infalibles, que no pue-

den engañar a un viajero: si veis, por ejemplo, una ciudad con altas cúpulas y sombríos campanarios, entrad con confianza, encontraréis en ella vestigios de un esplendor antiguo y graves monumentos: si veis, por el contrario, una ciudad sin grandes edificios, en que todas las casas se parecen, en que ningun techo excede a otro, podeis entrar..... si teneis alguna negociacion de café, azúcar ó algodón; finalmente, si vuestros ojos perciben una vanguardia de tubos lanzando chorros de humo negro, altas chimeneas que se levantan a derecha é izquierda, no avanceis, huid como al aspecto de los molinos; porque la ciudad de las fábricas es la mas fastidiosa de todas: mata el espíritu y el corazón, y hace del hombre una máquina.

27 de Mayo de 1852.

El almirante Dundas, comandante de la armada inglesa, anciano verde todavía y despabilado, ha venido esta mañana a hacerme una visita. Es un hombre grande y hermoso, de una fisonomía infinitamente agradable, y que me agrada sobre todo, porque es marino en cuerpo y alma. Ha sucedido a Parker, y sale por primera vez de la estacion de invierno de Malta. Antes era miembro del alto Consejo del Almirantazgo, y tenia un asiento en la Cámara de los Comunes; hoy no es mas que almirante, pero lo es en toda la fuerza de la expresion, ejercitando constantemente su armada y visitándola con un celo infatigable. La conversacion se sostuvo en inglés, es decir, que por mi parte fué poco expedita; sin embargo, el almirante me pareció un hombre lleno de jovialidad, de bondad de corazón y de amabilidad. Quiere a sus marineros como a sus hijos, y tiene la mayor alegría, cuando despues de una larga permanencia en tierra, se vé en la necesidad de reembarcarse.

La visita de la *Britannia* fué para mí de las mas interesantes. Es un buque de tres puentes y de ciento veinte cañones que lleva la bandera del almirante. Este me recibió de la manera mas graciosa, en medio del estado mayor de su armada; y me condujo a su camarote, que es una pieza vasta y cómoda, situada en la primera batería, y provista de un largo balcon que forma su prin-

cipal adorno. El almirante me presentó a su esposa, lady Amalia que había venido de Malta con él, y que debía reembarcarse próximamente para pasar la estación de verano en Gibraltar, donde la volví a encontrar. Después de haber cambiado algunas frases de urbanidad, visitamos el buque hasta en sus más pequeños pormenores.

Los hombres de la tripulación estaban en las baterías sentados en sus bancos: unos dormían, otros leían los diarios, y ninguno pareció preocuparse demasiado con nuestra presencia: todos tenían el aspecto de la fuerza y de la salud. Admiré la limpieza y el buen estado de las baterías, la belleza de los cañones y de sus afustes siempre listos para el servicio. Al pie del bauprés estaba escrita con letras de oro la expresión sublime y famosa de Nelson: *England expects that every man will do his duty*.¹ Inglaterra es la única nación de los tiempos modernos que ha sabido hacer de sus grandes hechos históricos el patrimonio común de la humanidad.

En la segunda batería se encuentran el salón y las habitaciones de los oficiales: todo allí es espacioso y perfectamente cómodo. Los ingleses son hábiles, y saben bien que mientras más agradable se hace a bordo la vida del oficial y del *midshipman*, más amor tienen estos a su buque, y pueden olvidar más fácilmente la tierra, disposición muy necesaria en el marino: éste se halla aquí como en su casa y nada mejor tiene que desear, porque difícilmente encontraría un inglés en otra parte una vida más agradable. En otros países se convierte el navío en un cuartel de Lacedemonia; pero entonces es imposible que inspire cariño a ningún hombre que aprecie en algo la elegancia; y ¿qué otro atractivo puede encontrarse a bordo de un buque? No debe reinar en él un lujo frívolo, que tampoco convendría a la vida militar; pero sí comodidades buenas y sólidas. En el *man of war* inglés, las mesas de los camarotes son de caoba maciza; la vajilla de porcelana ó de plata, es rica y elegante; todos los objetos son útiles y escogidos; un vapor especial trae a bordo los diarios que se renuevan incesantemente; la cocina y la bodega son excelentes. Cuando la armada está en la mar, dos grandes vapores transportan alternativamente

¹ La Inglaterra espera que cada uno cumpla con su deber.

cargas enteras de bueyes vivos. Quizá el digno almirante abusaba un poco manteniendo en la segunda batería dos vacas lecheras, sin hablar de varios caballos de silla que conserva a fin de poder satisfacer su pasión por la equitación. Sin embargo, su buque es su verdadero salón, por lo cual todo en el interior está admirablemente distribuido y de una manera muy práctica; cada objeto está colocado en su lugar, y todo se halla al alcance de la mano. La *Britannia* es la imagen en pequeño del poder y de la grandeza de la marina inglesa, y aunque este navío no está construido conforme al más moderno sistema, puede servir de modelo para la práctica.

El almirante hizo desfilar delante de nosotros á su tripulación: era aquel un espectáculo que complacía: vimos pasar un millar de hombres de aspecto marcial y contentos con vivir en la mar. Figuraban en primera fila los treinta y cinco *midshipmen* ó aspirantes, excelente almáciga destinada a producir oficiales que serán un día capitanes y almirantes: son jóvenes de trece a veinte años, y los más pequeños serían capaces de mandar la maniobra en el mayor navío de línea como viejos capitanes. Habitados a la independencia, familiarizados desde la infancia con el peligro, el trascurso del tiempo los convierte en hombres hábiles é intrépidos. No son más altos que una bota cuando ya mandan á todo un pelotón de viejos marineros, como si jugasen con muñecos, y saben obtener la obediencia más absoluta. Crecen y se instruyen en la mar; no como en otros países que los jóvenes hacen su educación en tierra, en los colegios, sin haber visto jamás un puerto, si no es en algún raro paseo; y después de haberse formado teóricamente delante de una mesa, cuando llegan a la práctica, se ven obligados a andar a tientas como los ciegos, y no son buenos para nada en los primeros tiempos, a pesar de todas sus teorías.

La escuadra de estos jóvenes, así como el pelotón de los marineros, desfilaron sin marchar a compás y sin la rectitud de la disciplina, por grupos, con paso libre y fácil, como conviene a marineros. Cuando se desencadena la tempestad y se sacude el navío, el marinero debe volar sobre las vergas para salvar al buque del naufragio, y no hacer conversiones ni despliegues sobre un terreno de parada.

«Cada uno tiene su lugar,» es la máxima de los ingleses. Después de los aspirantes y de los marineros, se adelantó la infantería, como si fuese un solo hombre, con una rectitud y una regularidad enteramente militares, tal vez con mas precision que muchos regimientos de línea del continente.

Contemplaba yo con alborozo aquellos marineros, cualquiera de los cuales hubiera podido pasar por modelo del verdadero marino: aquella mirada libre y franca que iluminaba sus nobles rostros; aquel aspecto decidido é intrépido; aquella altivez que al mismo tiempo que es natural tiene conciencia de sí misma; aquellas formas esbeltas y vigorosas; aquel traje tan práctico, todo esto debia agradar al corazon de un marino.

Sí, el verdadero marino tiene razon para ser orgulloso: el mundo le pertenece, el Océano es su patria, su espíritu no conoce otros límites que los de la vasta esfera; tiene derechos de ciudadano en todos los países de la tierra, y en cualquiera parte es recibido como amigo: sin embargo, jamás abandona su suelo, porque el navío es una porcion de la patria, que hasta en los antípodas le sirve de fortaleza poderosa y temible. En lucha incesante con los elementos, rodeado de continuos peligros, adquiere un carácter serio y enérgico: educado en el seno de las privaciones, permanece niño bajo muchos respetos, y goza de las cosas mas pequeñas con candor y sencillez. En cambio de tantas virtudes, tolerémosle el humor un poco sarcástico que le inspira el extenso mundo: perdonémosle que vea bajo un aspecto ridículo la vida mezquina y monótona de los pobres *ratones de tierra* confinados en las casas.

Desde el balcon del almirante asistimos a una *regata* entre las chalupas de dos navíos de línea. Lo que mas me divirtió en aquel torneo, fué el interes que todos, comenzando por el mismo almirante, tomaban en la lucha. Sin embargo, las dos personas que se entregaban á las manifestaciones mas animadas, eran los capitanes de los buques que habian puesto en línea sus chalupas: el que perdió no pudo disimular su disgusto, y nos abandonó.

Me agrada semejante emulacion; ella es el mejor estímulo para la educacion de los marineros.

Uno de los capitanes nos hizo la galantería de mandar a bordo

de la *Novara* su música turca, a la que tenia en grande estima, como si fuese notable por algun título.

El almirante nos acompañó a comer, y se entregó a toda la expansion de la jovialidad como verdadero inglés de pura sangre.

28 de Mayo de 1852.

Hoy visité los otros navíos de la armada: el buque de línea, *el Albion*, construido por el sistema Symond, y la fragata *Phaeton*.

No esperaban visita de extranjeros a bordo del *Albion*, y sin embargo encontramos todo en un orden ejemplar en aquel magnifico buque. El capitan estaba ausente: habia salido con sus camaradas acompañando al almirante y a lady Dundas en una excursion a caballo por la alta montaña llamada *Nuestra Señora del Toro*, que segun nos dijeron, está situada en medio de la isla; pero no los pudimos percibir, sin duda porque la atmósfera no estaba bastante clara. El almirante nos habia invitado a tomar parte en esta expedicion, y nos excusamos lo mejor que pudimos.

Cada navío de línea inglés tiene una especie de vicecomandante; el del *Albion* nos sirvió de guía: era un hombre grueso, de presencia amable y franca, que a juzgar por su rubicunda nariz, parecia ser un marino consumado en el capítulo de la diva botella. La visita que recibia no le hizo salir en lo mas mínimo de su calma, como sucede siempre con los ingleses: este es un privilegio que las gentes de su raza deben a su constitucion flemática y a su educacion independiente.

Visitamos el buque hasta en sus menores partes. En las pequeñas marinas, principalmente en las que están formándose, se tiene una idea de todo punto falsa del capitan, en cuanto a la manera con que se maneja en las grandes marinas. El capitan inglés es el soberano de su navío; lo conduce a la mar, lo hace regresar al puerto, y lo dirige en el combate; mira a sus súbditos con ojos de superior y con verdadera *grandeza*. Mas, respecto de los asuntos secundarios, deja obrar a los demás, segun su grado, permaneciendo él dias enteros sin subir a cubierta: un largo aprendizaje y una larga práctica le dan la firme seguridad de que el servicio se ejecuta puntual y severamente, como debe hacerse. No apare-

ce mas que en las grandes circunstancias para sostener la reputacion del buque con brillantes maniobras ó con la victoria, ó tambien, como *Jupiter tonans*, para inspirar con su presencia el terror y el respeto. Por el contrario, en las marinas que comienzan a formarse, el capitan es todo: parece el genio universal, el socorro indispensable en los momentos difíciles, el *factotum* en actividad perpétua. Debe mandar y ejecutar al mismo tiempo; montar por sí mismo la guardia, aunque tenga a sus órdenes numerosos oficiales; sin esto, su propia vida y la de la tripulacion, no se consideran en seguridad. Debe servir de pedagogo para la juventud, y de carcelero para los insubordinados; debe hacer la ronda y asegurarse de que sus órdenes se han cumplido; debe enviar en persona a la tripulacion para que ejecute la maniobra en todas las partes del buque; debe vigilarlo todo, y hasta izar las banderas con sus propias manos, como si fuese un cadete. El peor inconveniente de semejante estado de cosas, es que con el tiempo, capitan y oficiales se acostumbran, y que naturalmente estos no adquieren jamás la confianza en sí mismos que es tan necesaria al marino. Pronto se dejan vencer por la pereza inherente a la naturaleza humana, y contentos con su posicion, deponen fácilmente el peso de la responsabilidad sobre los hombros de su jefe, quien por su parte, encuentra insensiblemente placer en ocuparse de los mas insignificantes pormenores, y dispuesto siempre a elogiarse a sí mismo, no tiene mas que palabras amargas para ponderar la impericia de los oficiales y de los cadetes. ¿Pero, cómo podrán estos aprender nada, cuando no se deja movimiento al desarrollo de su espontaneidad, y no se miden los progresos de su educacion? ¡Es una triste necesidad que entre los pequeños todo sea fatalmente pequeño!

Mallorca-Palma, 30 de Mayo de 1852.

Hemos comenzado el dia oyendo una misa en catedral; celebrá-bamos la festividad del santo rey Fernando. El año pasado, cuando hice decir esta misa en la Catedral de Sevilla, junto a la tumba del gran rey, no podia figurarme que despues de un año me habia de ver otra vez en España y habia de celebrar la fiesta de

mi santo patrono en este templado país, sobre el cual reinó durante su vida. Sí; héme aquí de nuevo en la hermosa Península: en sus viejas catedrales mi alma se siente inclinada a la piedad. Una débil y misteriosa luz se extiende por el templo; el pueblo asiste bajo sus bóvedas majestuosas con el mayor recogimiento al mas sublime de los sacrificios. En las iglesias góticas, la oracion es tan elevada y tan pura, que se tiene orgullo en ser cristiano; se siente uno firme en su fe y se tranquiliza a la sombra Omnipotente del Espíritu eterno.

Valencia, 1852.

El sol de la mañana inundaba el horizonte con sus rayos dorados: las torres y las cúpulas de la ciudad floreciente, de la ciudad de la poesía y de la historia, brillaban y resaltaban magníficamente en medio de la fértil llanura que ha recibido el nombre de Huerta; parecia un efecto de espejismo, un sueño encantado. Bogábamos en una mar azul hácia la ribera bañada de luz, y contemplá-bamos a la ciudad que flotaba radiante sobre las aguas. Yo me sentia conmovido y alborozado en el momento de ir a ver en semejante Eden a los amigos que habia conocido en mi querida patria, léjos de mí hoy. Me encontraba en un estado del alma que no se puede describir; experimentaba una paz serena, una aspiracion hácia alguna cosa superior y brillante, una alegría que rejuvenece el corazon y lo hace palpar; se producía en mí esa especie de sentimiento de triunfo que nace en un viaje cuando se ha hecho la conquista de alguna novedad maravillosa.

Con estas impresiones llegué al *Grao* que es el fondeadero de Valencia. Segun las reglas del idioma marítimo, este lugar no mereceria el nombre de rada, es una especie de mégano, una costa abierta, sobre la cual aparece una hilera de casas, como en Pireo, formando la vanguardia de la ciudad que se halla a distancia de una legua. El anclaje es muy imperfecto y aun peligroso cuando está malo el tiempo, lo que es muy perjudicial al comercio. Desembarqué al punto con el corazon lleno de emocion y de alegría; buscamos un vehículo y escogimos una de esas monstruosidades peculiares del país que se llaman *tartanas*. Es un largo

baúl abovedado, tapizado de cuero y que se balancea sobre, ó mas bien dicho, entre dos ruedas gigantescas. Se sube por detrás para tomar asiento en estrechos bancos longitudinales: inmediatamente sobre la cola del caballo ó de la mula, está una ventanita por donde el pasajero puede acariciar al animal, que siempre vá enganchado muy cerca del carruaje, pero por donde se pueden recibir tambien algunas incongruencias. En la parte posterior del vehículo y sobre la portezuela, está otra ventanita igual. La reunion aprisionada en la tartana, y que muchas veces asciende a seis ú ocho personas, no tiene mas prespectiva que el porvenir ó el pasado, lo que la hace extrañar el presente con mayor amargura, porque no puede formarse idea de él a causa de los sobresaltos, sacudimientos y choques que hacen sufrir a los desgraciados cristianos un doloroso martirio. Sospecho mucho que la Inquisicion debe haber inventado este medio de locomocion para extraer a los pobres acusados sus pensamientos mas íntimos: no hay secreto que se pueda guardar en semejante gimnástica. Los movimientos de aquel aparato son capaces de arrancar el alma del cuerpo. Uno suspira, gime, se le sacuden las entrañas hasta sus cimientos, chocan sus huesos, y hasta el cerebro baila dentro de su huesosa caja. Necesité algun tiempo para recobrar mi equilibrio y repormerme despues de este viaje: estoy convencido de que en Valencia debe haber muchos niños nacidos ántes de tiempo. En cuanto al cochero, va suspendido en el mismo coche junto a la cola del caballo ó sentado en un pescante de madera muy angosto; apénas se le puede ver por la ventana, y esto, adelantando la cabeza fuera de ella. A pesar de esto, la tartana es un vehículo de tal manera nacional, que pudiéramos decir, que aun la mas alta nobleza no conoce otro.

Caminamos por una larga calzada de olmos gigantescos, a través de campos de trigo y de jardines; hermosos y grandes palmeros se elevan de cuando en cuando sobre las casas. Pronto descubrimos detrás de las viejas murallas y al otro lado del Guadalaviar, a la pintoresca y majestuosa Valencia iluminada con la fresca y limpia luz del sol matinal.

Dediqué mi primera excursion por la ciudad á la amable amiga de mi juventud y a su digna familia. Iba yo con ese paso ágil

que nos conduce con cierta inquietud hácia las personas amadas de quienes hemos estado ausentes por largo tiempo y de quienes nos separa la extensa mar. Se siente un deseo impaciente mezclado de dulzura y de nostalgia. El pobre corazon, tan léjos del país natal, mira como séres superiores a las personas que se relacionan con los recuerdos de un tiempo de calma y de paz que nunca volverá; sabe que estas personas le comprenden cuando habla de la patria ausente, y descubre en la conversacion los pesares, ordinariamente reservados, que sufre con las pasadas memorias. Sin embargo, va uno preguntándose: «¿Me conocerán? ¿En qué me conocerán? ¿Qué iré a encontrar?» Presa de este sentimiento de zozobra llegué a la puerta de una casa bastante grande, pero de modesta apariencia.

Toqué, abrió un criado y dí mi nombre, añadiendo que habia tenido la felicidad de conocer a la marquesa en Viena. Me condujeron a un bonito salon amueblado a la alemana, donde encontré a una señora entrada en edad, con mantilla española: era la respetable suegra. Estuvo vacilante al principio no sabiendo cómo tratarme; pero despues que hubimos entrado en la conversacion, acabó por reconocermé, y se manifestó muy afectuosa y llena de cordialidad. Me hizo mil preguntas respecto de Viena que le fué tan querida; y varios recuerdos suspendidos en las paredes de la pieza demostraban que habia conservado de aquella ciudad una memoria fiel. Miétras me hacia compañía, mandó avisar al resto de la familia: las puertas del salon se abrieron, y entró Elisa, siempre tan ligera, tan graciosa y tan amable, como en las alegres fiestas de Viena, en los hermosos dias de otro tiempo.

No puedo describir la impresion que me causó volver a verla en estas lejanas riberas; sentia yo que debia serle mas querido que sus otras relaciones de España, porque era su compatriota. Un sentimiento mezclado de alegría y de melancolia se apoderó de su alma afectuosa, al hacer recuerdo de su patria ausente, cuando temblando me tendió su blanca mano y me dirigió la palabra en nuestra lengua maternal. Pensaba que su aleman debia escandalizarme, porque, segun decia, lo habia olvidado; y habia en sus palabras un acento de tristeza profunda, aunque las pronunció con la mayor moderacion. Me sorprendí mucho de ver que sus cuña-

dos, a quienes conocí niños, estaban hechos unos colosos. ¡Cuánto y con qué violencia crecen los hombres!

El excelente padre me manifestó una tierna cordialidad: su corazón leal ha guardado un reconocimiento afectuoso para el país en que fué tan feliz y que le proporcionó un pacífico asilo. Me pareció que a todos sentaba muy bien el temperamento de España: el padre y la madre se han rejuvenecido en el país natal; los hijos ya he dicho que están hechos unos hombres; solamente Elisa estaba pálida, y creo que bajo el velo de su sonrisa encantadora oculta un secreto sufrimiento.

El jefe de la familia nos invitó a dar una vuelta para ver las curiosidades de la ciudad y quiso servirnos de guía. Según nuestra costumbre, comenzamos por la catedral, como centro de toda la ciudad. Es grande; pero ¡ay! pertenece al estilo churrigueresco; la cúpula principal es lo único interesante: de estilo gótico-morisco, tiene bellezas en su arquitectura y en su decoración. Esta cúpula, que deja filtrar la luz a través de delgadas láminas de alabastro, coronaba la mezquita que los cristianos vencedores transformaron en catedral: es el único punto grandioso de aquel monumento. En el centro está el coro, como en todas las iglesias españolas, enlazado con el altar por un camino entre dos balaustradas de hierro; el resto del edificio es rudo y pesado; sus dimensiones son demasiado bajas y demasiado anchas. El altar mayor está al estilo del siglo XV, ricamente esculpido: en sus nichos, habitualmente cerrados y que se muestran hoy al pueblo por ser día de Pentecostés, se ven objetos de piedad pintados sobre fondo de oro: son verdaderas obras maestras, llenas de vigor y de armonía.

La catedral tiene otras muchas curiosidades; pero las dejamos para la próxima visita, y nos apresuramos a subir hasta la cumbre de la torre: en Sevilla se llama la Giralda, en Valencia la Miguetilla. Esta torre es gótica lo mismo que el pórtico; pero no habiéndose concluido el coronamiento cuando fué fabricada, en tiempo del polvo y de las trenzas, la terminaron con una especie de peluca que se vé ridícula sobre aquella hermosa construcción.

¿Quereis ver los esplendores de la paz en un suelo encantador, la noble y lujosa arquitectura de una opulenta ciudad que inundan los luminosos rayos del sol, una llanura fértil y bendecida por

el cielo, una mar con olas azules, surcada por hinchadas velas que parecen tejidas de plata? Subid a la Miguetilla. Valencia debe ser la favorita del sol, que ha impreso en aquel llano su beso fecundante, aunque sin devorarlo con su ardiente amor: al salir de la mar, su primera mirada es para las brillantes torres de la ciudad, su primera sonrisa para la llanura que la recibe con reconocimiento, y sobre la cual, durante su marcha victoriosa, derrama torrentes de su luz creadora y vivificante.

Valencia posee una lonja magnífica, es un monumento notable de una época en que la armonía era una necesidad para la vista y para el corazón del hombre, lo que desgraciadamente no se puede decir de nuestro siglo prosaico y mezquino. Aquella lonja [*la Lonja de la Seda*] es muy animada: en ella se celebra el mercado de las sedas, que es uno de los principales ramos de comercio de la ciudad. Una variadísima multitud viene a comprar aquí las más hermosas madejas que se pueden ver, y desde luego se forma una idea ventajosa de la prosperidad del país que puede producir semejantes cadejos de oro y de plata.

Además del salón principal, cuyas anchas puertas dan a una gran plaza, la lonja de Valencia se encuentra rodeada de otros edificios accesorios con un gracioso y poético jardín de naranjos. En una de las piezas de recibir, donde se reúnen los principales comerciantes, se vé suspendido de la pared un retrato de Isabel II, en pié, comenzado por el famoso López, pintor titulado de la corte, y concluido por su hijo que le ha sucedido en sus funciones. No me es posible decir hasta qué punto me ha interesado y aun cautivado este retrato. Pintado hace poco tiempo, me ha hecho comprender las diferentes opiniones que se tienen respecto de Isabel. Vestida de raso azul, con ricos encajes, y teniendo la cabeza ceñida por una brillante diadema, tiene el aspecto que conviene a una reina. Su exterior tiene algo de majestuoso: es alta, y a pesar de un principio de gordura, su talle es extraordinariamente fino y hermoso. Es una mujer elegante, como lo prueba la elección llena de gusto de su traje. La flexibilidad de su actitud indica claramente que es muy aficionada al baile. Su rostro, sombreado por las olas de una cabellera exuberante, sin ser precisamente hermoso, inspira un vivo interés. En medio del ceremonial de las grandes fiestas, Isabel debe

parecer imponente, altiva y noble: así me la represento atravesando el Prado en un rápido *faeton*, encantadora, y ganando todos los corazones, como que está formada para obtener una grande popularidad. Desde que ví este retrato, siento doblemente no haber ido a Madrid, de donde me encontré tan cerca estando en Valencia.

En la tarde, una amable y alegre comida nos reunió en las habitaciones de Elisa: nos ocupamos mucho de los recuerdos felices de otro tiempo y de la patria ausente; y por mi parte, hice muchas preguntas sobre esta risueña patria nueva. Los padres se encuentran bien aquí; nacieron en este clima, y aunque por largo tiempo tuvieron que hacer el sacrificio de renunciar a la residencia en España, no por esto dejaron de ser españoles: regresaron a su casa, y lo que mas desean, es no salir de ella. La jóven pareja no participa de este sentimiento: aspira a volver a la ciudad imperial, que está en las márgenes del Danubio. Allí fueron educados ambos esposos; y a no ser que haya uno sido tratado muy duramente por la fortuna, siempre prefiere el lugar en que pasó los alegres años de su juventud. Elisa extraña ciertas influencias en parte legítimas y siempre poderosas para el corazón de una mujer: en la sociedad elegante de Viena fué donde obtuvo brillantes triunfos por su gracia y por su amabilidad, miéntras en España es vista con malos ojos, como alemana naturalizada: es y ha permanecido extranjera, lo que infiltra en sus relaciones la frialdad y el malestar.

En la habitacion de Pedro, amueblada por él con mucho gusto, ví a todos nuestros héroes de la última guerra, y en medio de ellos la caballerosa fisonomía de nuestro querido emperador. En Valencia causa un doble placer ver estos objetos, y todas las memorias de Viena que este jóven ha conservado me recuerdan mas vivamente a mi patria.

Después de comer nos dirigimos en coche a la Alameda, bonito paseo situado del otro lado del Guadalaviar. Aquí se encontraba reunida la buena sociedad. Los paseadores van sentados en tartanas elegantemente pintadas y que caminan en una sola fila como en el Prater. Pero como aquel vehículo no está abierto mas que por delante y por detrás, las personas que están dentro no pueden ver ni ser vistas, por lo que éste original paseo recuerda el nue-

vo de Britannia-Bridge. De cuando en cuando, por la ventana del fondo, lograba yo deslizar una mirada en el interior y distinguía entónces rostros de una belleza poco comun, lo que me hacia maldecir mucho mas este género de locomocion. A poco dejamos la calesa para respirar el aire de la tarde en el *Plantio*; jardin florido y embalsamado que se extiende junto a la Alameda: el paseo en estos lugares es una verdadera delicia.

Al caer la noche todos se apresuran a retirarse de la Alameda; porque, segun me dijeron, allí asesinan con mucha frecuencia. Elisa mandó acercar una elegante carretela de dos asientos, me dió un lugar a su lado y dirigió ella misma los caballos con mucha destreza y resolucion, subiendo y bajando la calzada entre las estrechas filas de tartanas que regresaban. En fin, volvimos a la ciudad, me dejó en la Glorieta, uno de los paseos del interior de Valencia, y se marchó a su casa.

Me pasé algun tiempo con su suegro entre bosquecillos de laureles y de naranjos iluminados con la luz del gas. La sociedad elegante, arrojada de la Alameda por el puñal de los bandidos, viene a gozar de la frescura de la noche en estas calles embalsamadas y adornadas con numerosas estatuas.

Al siguiente dia, por la mañana, salimos temprano a la calle para acabar de ver las curiosidades de Valencia. Comenzamos por el convento de Gerónimos, situado extramuros en la *Huerta*, y que, a juzgar por la magnitud de los edificios, debe haber sido muy importante y muy rico. Hoy el convento de aquella órden poderosa, que dió asilo al señor del mundo, está en ruinas y sirve de hospital. La iglesia tiene mucha semejanza con la de la Cartuja de Granada: está construida con mal estilo churrigueresco, pero con grande magnificencia, ocupa el medio del convento y sirve al mismo tiempo de pórtico; desgraciadamente ha sufrido la suerte de todas las cosas de este mundo: sus bóvedas resplandecian en otra época con el brillo de las luces, sus naves se llenaban con las solemnidades de los religiosos (los monjes españoles *por excelencia*, porque eran en España lo que son los Benedictinos en Austria); y ahora aquel santuario es visitado rara vez por un humilde sacerdote que viene a decir la misa rezada en el hospital. La naturaleza, que siempre es liberal y poética, ha conservado el

último resto de magnificencia; me refiero a un bosque de palmeros seculares, de tallo esbelto y majestuoso, que han sobrevivido a los marchitos esplendores y que mecen sus cimas melancólicas sobre las ruinas en que habitaron aquellos que los plantaron. Para los que, como yo, sean admiradores entusiastas del palmero, aquel grupo de árboles es lo único interesante del convento.

Después de las ruinas poéticas del pasado, tocó su turno a las creaciones útiles del presente. Visitamos una fábrica de sedas muy importante, porque funcionan en ella los nuevos adelantos. Se nos hizo ver cómo la seda de los capullos, traídos por las gentes del campo, es devanada en un instante y se transforma por el vapor en soberbio damasco. Nada en el mundo me parece más fastidioso que una fábrica; todo en ella marcha dentro de un círculo matemáticamente medido; todo se calcula por segundos, y el genio del hombre prueba con sus monstruosas concepciones, cuán fácil es prescindir de esa luz de la inteligencia que se encuentra en las clases obreras: los trabajadores se transforman en máquinas inertes. Vivimos actualmente en un período desgraciado, en el período de la crisis; la idea nueva de la necesidad de las máquinas aun no ha podido connaturalizarse entre nosotros: aun no se establece el equilibrio. El antiguo estado de cosas lucha con el nuevo, y falta a éste una base necesaria que solo el tiempo puede darle, cuando el período de las fábricas haya adquirido su historia y su experiencia; entonces, solamente, y gracias a los términos medios que se introducirán, se demostrará su utilidad a las generaciones futuras.

Pero a lo que yo no puedo habituarme es a ver al rico fabricante producir en masa lo que satisface el lujo desenfrenado de los ricos y lo que excita su amor al fausto, mientras que los obreros a quienes explota, verdaderamente siervos sometidos a la tiranía de su capital, no son más que sombras de criaturas humanas que trabajan con una regularidad mecánica, y que en el idiotismo completo de su alma, ofrecen su cuerpo en holocausto a una talega de dinero, para satisfacer las necesidades de su estómago. La ingeniosa invención de una máquina no me puede hacer olvidar a mis semejantes: yo no siento orgullo por pertenecer a la generación presente, no soy bastante egoísta en mi admiración por lo

que se llama genio de nuestro siglo. Una fábrica me hace experimentar siempre un sentimiento de malestar. Por supuesto que no hablo de aquellas que han conservado al hombre su espontaneidad y en que puede sacar partido de su inteligencia; pero ante los resultados puros de lo que ha dado en llamarse genio industrial, caigo en una especie de atonía, y siento un disgusto inmenso; todas estas hermosas cosas me parece que solo han sido creadas para el momento. Vivimos en un siglo que camina de priesa, y para satisfacer esta necesidad se han inventado las máquinas.